



DISCERNIMIENTO: UN ESTILO DE VIDA CRISTIANO

Saludo institucional

Gabriella Gambino

Subsecretaria del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

“Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios”. (GE 176)

Me complace saludar, igualmente en nombre del Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, el cardenal Kevin Farrell, a todos los presentes y a los que nos están siguiendo en directo. Saludo, en particular, al Gran Canciller del Instituto - su Excelencia Monseñor Paglia-, al Decano -Profesor Philip Bordeyne-, a nuestros compañeros profesores y a los estudiantes. Y agradezco a la Diócesis de Roma su apoyo en la organización de estos seminarios, que en comunión con nuestro Dicasterio, el Instituto Juan Pablo II ha concebido y promovido para responder, de manera específica, a la invitación del Santo Padre Francisco a trabajar juntos en este especial “Año para la Familia *Amoris laetitia*”, con la intención de llevar a término la tercera fase de los sínodos extraordinarios sobre la familia, la fase de *aplicación*: el tiempo en el que las reflexiones recogidas en la exhortación apostólica pueden ser recibidas gradualmente por las Iglesias particulares, impregnando el camino pastoral con ella.

Por ello, quisiera aprovechar esta oportunidad para compartir con ustedes unas breves reflexiones sobre el tema central del seminario de hoy: el discernimiento como forma de vida cristiana.

El discernimiento es uno de los temas centrales del magisterio del Papa Francisco. Desde la *Evangelii gaudium*, hemos sido llamados de manera muy explícita a caminar juntos -laicos y pastores, en virtud de nuestro común bautismo- en una Iglesia que no

sólo es “lugar de misericordia”, sino que también se hace lugar de discernimiento continuo (EG 30) de los caminos del Espíritu (EG 45). La llamada del Santo Padre al discernimiento pastoral evangélico nos lleva a hacer reflexiones exigentes, en muchos sentidos laboriosas, que deben tener en cuenta la complejidad de la realidad pastoral de hoy en día, especialmente en relación con la familia. Requiere de nosotros inteligencia pastoral, generosidad apostólica, prudencia y ganas de participar en procesos para hacer posible lo que el Papa Francisco ha expresado reiteradamente en *Gaudete et Exsultate* 169: “El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer”. Porque el objetivo, nos subraya *Evangelii gaudium* 24, es precisamente acompañar a la humanidad en sus procesos, acompañar a las personas en esa revolución interior que sólo Dios puede realizar.

El discernimiento, por lo tanto, es crucial para todo buen cristiano, pero aún más para los jóvenes, que tendrán en sus manos la Iglesia del futuro, y para las familias, en cuyas manos el Señor pone la acogida y el cuidado de toda nueva vida y vocación. Ahora más que nunca, puesto que el Santo Padre ya nos ha llamado a un nuevo camino sinodal, que pretende ser la culminación de un proceso de escucha y discernimiento dentro de la Iglesia para ser todos partícipes de la misión en un espíritu de auténtica comunión. Un camino en el Espíritu.

En un mundo tan secularizado como el actual, que entra insistentemente en nuestros corazones y hogares, el discernimiento quiere ser la mirada profunda del cristiano que “se alimenta de la luz y la fuerza del Espíritu Santo” (EG 50), que nunca renuncia al bien posible, que se esfuerza por hacerse a sí mismo y a la realidad permeable a la gracia, y -como decía San Ignacio¹- siempre en un *sentir con la Iglesia*. Nunca solos,

¹ Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, n. 353.

nunca teniendo la autorreferencialidad como horizonte de sentido. Porque nuestro corazón, para salvarse, necesita ser dócil y saber que tenemos a Dios como Padre y a la Iglesia como Madre², para no sentirnos huérfanos, sino hijos amados.

El discernimiento sobre el que queremos reflexionar hoy, por lo tanto, no es sólo un proceso de toma de decisiones, sino *un estilo de vida cristiana*, un proceso existencial personal, antes que eclesial. En particular, debe entenderse como un deseo y una búsqueda constante de los *signos* de la presencia de Dios en nuestra vida, para orientar la vida individual, conyugal y familiar de manera sapiencial, de acuerdo con la llamada de cada persona a la santidad. Lo necesitan los jóvenes que van a formar una familia, pero también los recién casados, para los que abandonar las ilusiones de una vida de enamorados debe significar emprender caminos más radicales de amor y entrega; y los matrimonios después de décadas de vida en común, aunque estén en crisis, pero sobre todo cuando no lo están, para seguir descubriendo la gracia en su sacramento, sin contentarse con sobrevivir o esperar a que se agoten las fuerzas y la Iglesia se vea obligada a trabajar siempre como un “hospital de campaña”. Tenemos que considerar una urgencia pastoral dar a conocer las herramientas de discernimiento a las familias: podríamos evitar tanto sufrimiento, tantas fracturas relacionales, tantos abandonos que hieren permanentemente a los niños, tantas traiciones que nos privan de la esperanza.

Amoris laetitia no sólo ha señalado para la misión de la Iglesia la parte más frágil de las relaciones, los sentimientos, las promesas, en definitiva, el ámbito de la crisis, sino cada dimensión y cada momento de la vida familiar: el amor conyugal, la apertura a la vida y al nacimiento de los hijos, la educación y el acompañamiento de los niños y los jóvenes en el descubrimiento de su vocación, los retos y las dificultades de cada día, los que surgen dentro del corazón del hombre, así como los que vienen de fuera, de una cultura cada vez más individualista y secularizada, que rompe los vínculos, que se aleja de Dios. Todo esto es el espacio hoy para nosotros del discernimiento, el espacio en el

² Cf. Cipriano, *De unitate ecclesiae*, 6, PL 3, 503.

que hemos aprendido que el tiempo es superior a todas nuestras capacidades para pensar la realidad y requiere paciencia, procesos, silencios interiores, en los que aprendemos a escuchar-discernir la voz de Dios, de los otros, de la realidad misma que siempre nos interpela de manera nueva (cf. GE 172), porque siempre es posible que Dios nos ofrezca algo más (cf. GE 172).

El significado de la palabra discernir es muy exigente: se refiere al acto de “elegir separando”. “Se basa en la convicción de que Dios actúa en la historia del mundo, en los acontecimientos de la vida, en las personas que encuentro”. Por lo tanto, como lo ha definido el Papa Francisco, el discernimiento es esa actitud interior enraizada en un acto continuo de fe³. Esta convicción nos pide que aprendamos a pensar la realidad no según los hombres, sino según Dios. Nos ayuda a “discernir lo que realmente viene de Dios” (EG 119), lo que nos une a Dios, frente a lo que en cambio nos encierra en nosotros mismos, en nuestros miedos, en nuestras fragilidades. Es un itinerario, un dinamismo, que no nos permite quedarnos solos; un camino, no una meta a alcanzar, “para orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales”. (EG 77)

En las situaciones difíciles de las familias de hoy, el discernimiento puede ayudarnos a comprender el alcance de la vida nueva en Cristo, que transforma nuestros planes, cambia nuestras decisiones y nos hace capaces de hacer elecciones que antes no habríamos imaginado, para volver a Él cada vez.

La Iglesia llama a las familias a ser sujeto de la nueva evangelización, porque más que nadie son testigos de una realidad que sólo ellas pueden conocer en profundidad, pero necesitan aprender a leer su realidad “según Dios”. El discernimiento tiene esta función: hacer su realidad permeable a Dios, para poder verlo actuar, para poder percibirlo, para poder escucharlo.

³ Francisco, Discurso a la I Congregación general de la XV Asamblea del Sínodo de los Obispos, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, 3 octubre 2018.

Ayudemos a los jóvenes, a los matrimonios y a las familias a leer los signos de Dios en sus vidas. Formémonos para saber acompañarlos, cuando la crisis es fuerte, pero también cuando las cosas parecen ir bien: ese es el momento perfecto para entrenarse en el discernimiento en la familia en la vida cotidiana. “El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para dar la plenitud”. (GE 175)

Buen trabajo a todos.